

SOCIALIZACIÓN Y DESENCUENTRO. REFLEXIONES EN TORNO AL CONCEPTO DE ACOGIDA DESDE LA EXPERIENCIA DE CASA DEL ENCUENTRO

**Socialização e desencuentro. Reflexões sobre o conceito de acolhida da experiência na
Casa del Encuentro**

**Socialization and (mis)encounter¹. Considerations about the concept of welcoming² in
Casa del Encuentro's experience**

Claudia Curimil - Casa del Encuentro
Ana Ford - Casa del Encuentro
Angélica Valdebenito - Casa del Encuentro
Belén Valdés - Casa del Encuentro

Claudia Curimil

Psicóloga Clínica

Diplomada en Clínica Psicoanalítica con niños y adolescentes, Universidad de Chile.

Miembro del Equipo de Acogida de Casa del Encuentro³

Ana Ford

Psicóloga Clínica

Diplomada en Psicología, Universidad de Chile

Miembro del equipo de Acogida Casa del Encuentro

Angélica Valdebenito

Psicóloga Clínica

Diplomada en Clínica Psicoanalítica infanto-juvenil

Magíster en Psicología Clínica de Adultos, Universidad de Chile

Miembro del equipo de Acogida Casa del Encuentro

Belén Valdés

Psicóloga Clínica

Magister Sexualidad y Traumatismos, Universidad Paris VII.

Miembro del equipo de Acogida Casa del Encuentro

¹ We emphasize the inherent conflict in social encounters.

² Translation from the original french term "accueil" used by F. Dolto in the first Maison Verte.

³ Baldomero Lillo 1827, La Pintana, Santiago de Chile. ccurimil@gmail.com

Resumen

El presente artículo busca pensar los efectos del encuentro entre niños de 0 a 6 años y sus cuidadores con otros vecinos en el marco de Casa del Encuentro, un dispositivo de socialización situado en la comuna de La Pintana de la Región Metropolitana de Santiago, que cuenta con 5 años de funcionamiento. A partir de las experiencias cotidianas de desencuentro, desconfianza y rechazo que emergen en este lugar, se reflexiona en torno a la definición y condiciones de la función de acogida y sus alcances para generar el ingreso de los niños a espacios sociales.

Palabras claves: socialización; encuadre; exclusión; acogida; violencia

Resumo

O presente artigo pretende refletir sobre os efeitos do encontro entre crianças de 0 a 6 anos e seus cuidadores com outros vizinhos, no âmbito da Casa do Encuentro, um dispositivo de socialização e acolhimento localizado no distrito de La Pintana que já tem 5 anos de operação. A partir das experiências cotidianas de desencuentro, desconfiança e rejeição que emergem neste lugar, reflete-se em torno da definição e condições da função da acolhida e seus alcances para gerar a entrada de crianças para espaços sociais.

Palavras-chave: socialização; enquadramento; exclusão; acolhimento; violência

Abstract

The following article focuses on the effects of everyday encounters between children 0 to 6 years old, their caregivers and their neighbors in Casa del Encuentro, a socialization device that has worked for the past five years in La Pintana district. Considering the daily situations of mistrust and rejection that occur among our visitors, we discuss the definition and

conditions for playing a welcoming function and its possibilities for enabling socialization processes in children.

Keywords: neighborhood; parenting; socialization; setting; mistrust

Introducción

Casa del Encuentro es un proyecto de Fundación Santa Ana, basado en el modelo de Casas Verdes que funda la psicoanalista Françoise Dolto en Francia, en el año 1979. La Casa Verde se trata de un lugar que recibe a madres, padres, niños y niñas, que busca acompañar los tiempos de crianza en un espacio de socialización. En palabras de su fundadora, es un espacio pensado “para una vida social desde el nacimiento; para los padres muy solos, a veces, ante las inquietudes cotidianas que afrontan con sus niños (...) y donde sus pequeños hallan amigos” (Dolto, 1981, p.183). Esta socialización desde los inicios de la vida tiene entonces por propósito promover un necesario y paulatino trabajo de separación temprana entre niños y cuidadores (Dolto, 1981), favoreciendo el ingreso de niñas y niños a espacios sociales como el jardín infantil o la escuela, de manera más tranquila y segura tanto para ellos como para quienes los cuidan. El trabajo tanto de escuchar y acompañar en aquello que no es fácil decir de la propia historia, como ayudar a poner palabras a vivencias cotidianas de los niños, supone una función preventiva pues se evita que la angustia de los padres inunde a sus bebés e hijos mayores, impidiendo que se produzcan efectos de disfunción (Dolto, 1981)

Casa del Encuentro, tal como las casas verdes, no es ni una guardería ni un jardín infantil. La invitación es para niños entre 0 y 6 años junto a un cuidador, quién los acompañará durante el tiempo que permanezcan en la Casa⁴. El espacio está abierto durante las tardes de lunes a viernes, y quienes visitan pueden hacerlo en el momento que quieran y quedarse el tiempo que puedan y/o deseen. No hay actividades programadas, por lo tanto se

⁴ De aquí en adelante, Casa hará referencia a Casa del Encuentro en La Pintana.

acompaña lo que emerge en el cotidiano de cada jornada. Se ofrece como una “materialidad dispuesta” al encuentro y desencuentro (Ford, 2016) de diversos sujetos, con un encuadre que marca quiénes pueden asistir y los acuerdos fundamentales para transitar y relacionarse en la Casa. A su vez, el equipo que recibe a las y los visitantes se denomina Equipo de Acogida, entendiendo por esta última la estructura y la disposición con la que establecemos contacto con otros, de modo tal que la acción posibilite que algo o alguien tenga lugar al sostener un vacío que invite a la producción, en oposición a toda regla y todo saber (Humphreys, 2016). En otras palabras, establecemos que la función del equipo de acogida se centra en ofertar un lugar a la alteridad y a la singularidad de cada visitante.

Desde esta mirada, niñas y niños son reconocidos en tanto sujetos respecto de los cuales no se propone su medición, ni tampoco una finalidad pedagógica o diagnóstica. En lo fundamental, la acogida colectiva -puesto que es en presencia de sus padres o cuidadores- permite al niño acceder rápidamente al placer de vivir con otros, “placer que pronto deviene esencial: él se abre a una socialización exterior a su familia” (This, 2007, p. 54). De esta manera, el dispositivo intenta instalar una seguridad, no tan sólo en el vínculo con su cuidador, sino que sobre todo, en la vida social y colectiva.

En particular, la Casa del Encuentro conserva el significante “Casa” propuesto por Dolto, y reemplaza “Verde” por otro muy importante: “Encuentro”. Así, “Casa” nomina un espacio de intimidad cotidiano, o incluso doméstico, y define también ciertas reglas que buscan organizar el acontecer de manera contingente. En contraste, la palabra “encuentro” agrega algo sustantivo pues como señala Peri (2016), las diferentes acepciones de esta palabra aluden a la posibilidad de hallar un objeto, externo o interno, y pone énfasis en el *efecto sorpresa* que puede causar lo que encontramos. Esto resulta fundamental, en la medida

que la invitación al encuentro no apunta únicamente a lo que coincide, sino también a lo que difiere, a lo extranjero. Desde nuestro trabajo, consideramos que la labor de criar a un niño o niña implica generar las condiciones para su crecimiento en sociedad, en donde crecer tiene que ver con poder encontrarse con sujetos, ritmos y posiciones diferentes.

Actualmente, Casa del Encuentro cuenta con dos sedes en la ciudad de Santiago de Chile: una en la comuna de La Pintana, que se inaugura el año 2014, y otra en la comuna de Renca, la cual inicia su trabajo el año 2016. El presente artículo surge de la experiencia en la comuna de La Pintana, sector de Santiago que está marcado en su origen por un poblamiento llevado a cabo mediante erradicaciones realizadas en la dictadura militar, en donde numerosas familias pobres fueron desarraigadas de comunas del sector oriente y centro, para ser asentadas en la periferia de la ciudad. Dicho proceso conllevó efectos sociales diversos, tales como la pérdida de la idea de barrio y bien común, interrupción de lazos afectivos con el lugar de residencia, desarraigo del entorno habitual y familiar, problemas de acceso y deterioro en la calidad de servicios básicos (Gurovich, 1989). Estas problemáticas en el lazo social aún resuenan entre lo que cotidianamente escucha el equipo de acogida, manteniendo cierta actualidad en lo acaecido en las jornadas cotidianas de Casa del Encuentro.

En sus cinco años de funcionamiento la Casa del Encuentro de La Pintana ha recibido miles de visitas de niñas, niños y cuidadores vecinos, ligados a un contexto territorial común. En el último tiempo se han observado situaciones de tensión a propósito de la llegada de nuevos visitantes, en las que el equipo de acogida ha debido intervenir acompañando momentos de incomodidad, silencio e incluso, de exclusión y segregación. Así, la Casa, que inicialmente aparece como un espacio seguro y lúdico deviene también un espacio de desencuentro, hostilidad y desconfianza. Situándonos en este marco, el presente artículo

intenta dar cabida a diversas experiencias de desencuentro entre vecinos, que insisten en su expresión dentro del espacio de Casa del Encuentro, junto con dar cuenta de los desafíos que involucra el estar ahí y acoger para el equipo de acogida. De este modo, nos preguntamos: ¿Cómo se despliega la función de acogida frente a la tensión que produce el desencuentro entre niños y cuidadores vecinos, dentro de este espacio de socialización?

Experiencia en Casa del Encuentro

Con cierta frecuencia escuchamos entre los cuidadores que visitan la Casa, que son pocos los lugares donde pueden estar con sus hijos e hijas de manera tranquila, refiriéndose por un lado a cierto “encierro” al interior de sus casas y por otro, a cierta peligrosidad de las calles (asociado a drogas, peleas, balazos). En contraste a esta vivencia del espacio público, la Casa del Encuentro ha sido denominada, en ocasiones, como “La Casa de la Paz”, siendo situada como un espacio libre de hostilidad.

Durante estos años hemos sido testigos de creación de lazos, de niños que vienen y otros que dejaron de venir una vez que han entrado al jardín o la escuela. Así como también de una dificultad para dejar este espacio. Ejemplo de ello es lo escuchado al final de las jornadas, con frases que aluden al retorno a un encierro cuando se retorna a la propia casa. En ocasiones algunas cuidadoras que llevan años viniendo a este lugar se han nombrado a sí mismas como “dueñas de Casa”, en un intento de volver familiar este espacio, nominación que pareciera marcar diferencias respecto de quienes recientemente comienzan a asistir: “las visitas”. Niñas y niños, por su parte, no parecieran necesitar marcar esta diferencia.

Dadas las particularidades de encuadre de nuestro dispositivo hemos logrado observar distintas interacciones, dentro de las cuales, el encuentro de cuidadores con otros niños (no

los hijos propios o a quiénes cuidan) nos convoca a reflexionar en términos de socialización y acogida.

En el último tiempo, han comenzado a venir cuidadores, niñas y niños que parecieran generar un estado de incomodidad en otros que llevan un tiempo más largo visitando la Casa. Éstos nuevos visitantes, demandan muchas veces mayor disposición a ser escuchados y acompañados, hablando en voz alta, gritos o garabatos. Ocurre también que estos niños, ocupan el espacio de manera distinta, subiendo por ejemplo al techo de una casa de madera que ningún otro niño había escalado hasta entonces. Desde el techo de ésta, mira lo que ocurre abajo, encontrándose con miradas diversas: de niños asombrados por la hazaña lograda y de cuidadoras más bien molestas por la ocurrencia de “ese niño”. Las miradas circulan cargadas de tensión, en la medida que no se acompañan de palabras.

En otra ocasión, a propósito de la llegada de un niño que habla empleando garabatos o que se enoja con facilidad, observamos a una de las cuidadoras acercarse a su hijo y decirle en voz baja - pero no tanto- “No te juntes con *ese niño*” (Mujer adulta, visitante de la CDE). Con sorpresa para esta madre su hijo está muy interesado en acercarse a “ese niño”, a quién observa y se las arregla para mostrarle algo que consiguió hacer.

En Casa del Encuentro las personas que visitan no están obligadas a interactuar entre sí, sino que acontece en la medida que se desea, se socializa en la medida que se decide hacerlo. En concordancia, quienes formamos parte del equipo de acogida reconocemos y asumimos que la Casa dista de ser un lugar en el que todos se relacionan armónicamente y sin conflictos. Sin embargo, ante situaciones como la anteriormente descrita el equipo ha quedado perplejo y conmovido en tanto somos testigos de escenas de exclusión en las que la proximidad de “ese niño” deviene amenazante, y cuyas expresiones de rechazo se vuelven necesarias de pensar.

¿Cómo acoger este tipo de experiencia?

Hasta ahora, estos recortes dan cuenta del efecto que ha tenido en algunas cuidadoras el encuentro con “niños como éste” (Mujer adulta, visitante de CDE), pero son situaciones que implican no sólo a cuidadoras sino también a los niños que escuchan y al equipo de acogida en la posibilidad de hacer o decir algo al respecto.

Alguna vez un chico respondía a otro que no le gustaba que lo trataran con garabatos, a propósito de lo que otro le había dicho: “no me gusta que me hablen así” (Niño, visitante de CDE), para luego retomar el juego en el que estaban.

Estas palabras -pensamos- buscaban mediar, detener, filtrar eso inaceptable de otro, mientras que en algunos cuidadores hemos notado menos este ejercicio, que el del silencio o miradas que enjuician y no nombran.

Las hazañas o riesgos que algunos niños deciden tomar, convocan a otros a seguirlos. La curiosidad mutua incluye situaciones de tensión en las que observamos por ejemplo a un niño sobre unas barras de fierro que desafía a otro que lo mira, dándose el siguiente intercambio entre dos niños hombres que visitan frecuentemente la CDE:

- Yapo, ¡súbe po, mariquita!
- No, no me voy a subir.
- ¿Acaso te da miedo, mariquita?
- Sí, me da miedo, pero no es que yo sea mariquita.

La provocación del primero cede ante las palabras del segundo, pero, más importante que eso tal vez, se observa un alivio singular entorno a un encuentro social que parece novedoso para ambos. El equipo intervino en este caso ayudando al chico que estaba en la barra a bajar de ella, pues necesitaba ayuda de un adulto. En paralelo, el equipo más que buscar detener golpes, manotazos, agresiones al espacio, busca poder decir algo sobre eso

que está pasando. Algunas veces recurrimos al encuadre⁵ como una forma de reintroducir la ley, una regulación, que en ocasiones fracasa y no logra tocar con palabras justas lo que sucede. Entonces escuchamos a niñas y niños, en las formas que encuentran de resolver los conflictos que surgen en estos encuentros y desencuentros, entre las distintas formas de hablarse y referirse los unos con los otros.

Varios han encarnado ese lugar que incomoda, el de quién trae otro modo de habitar este espacio, y de quién es preferible no saber su nombre, mantenerlo a distancia en la denominación de “ese niño”, volverlo anónimo. “¿Ese niño, cuál dices tú?” (Miembro del equipo de acogida de CDE), hemos preguntado a modo de nombrarlo, pues un elemento del encuadre es que niños y adultos sean llamados por su nombre y, en esto, singularizados, reconocidos.

¿Qué provoca un niño “como este” en estas madres? ¿Cómo hacer hablar de otra forma estas escenas de exclusión? Las cuidadoras han podido hablar del temor a que sus hijos sean vulnerables a los riesgos sociales que ven cotidianamente en el barrio, sobre todo a lo que denominan como “los flaites”⁶, aquellos que hablan, se relacionan y transitan por las calles de la población de manera tal que les intimida y que a la vez, juzgan negativamente pues quebrantan la norma, disponiéndose desde la agresión o la violencia. Son niños que encarnan lo que no quieren que sus hijos sean. Esto se articula con la dificultad que a veces

⁵ El lugar tiene espacios que se ocupan de modo diferente y que se limitan por una línea amarilla, hay una tina con agua para niños de tres años en adelante con ciertos acuerdos para su uso, objetos que pueden salir al patio y otros no.

⁶ Nominación con tintes despectivos para referirse a personas que presentan atributos vulgares y socialmente inadaptadas, y en un sentido extenso, para referirse a este tipo de comportamiento en general, independientemente del origen social de la persona. Según la definición del diccionario de uso del español de Chile, la palabra flaute alude a la “persona de clase social baja y comportamiento extravagante, que es relacionada generalmente con el mundo delictual”. Para mayor detalle, visitar https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-22012015000100015

escuchamos sobre ver crecer a un hijo o hija, pues, al hacerlo se expone al encuentro con “niños cómo ese” (Mujer adulta, visitante de CDE).

Escuchamos también a cuidadoras/es que han hecho grandes esfuerzos por evitar el contacto de sus hijos con este espacio público peligroso, refiriendo que ven a éstos últimos con pocas posibilidades de hacer frente a su realidad social, que “no podrán decir que no” (Mujer adulta, visitante de CDE) a ese peligro. De esta manera, sus recorridos se delimitan entre su casa y Casa del Encuentro, y viceversa.

Por un lado, nuestro trabajo ha sido nombrar que niñas y niños que han comenzado a asistir a colegios o incluso a la misma Casa del Encuentro, ya se encuentran con otras experiencias, con otros chicos que hablan y hacen las cosas de modo diferente. Se trata de devolver algo de la realidad de otros niñas y niños, y dar cuenta también de cómo ellos responden o se las arreglan en estos encuentros.

Por otro lado, intentamos poder abrir la palabra en torno a esos temores, que parecen provocar reacciones frente a las cuales cuesta intervenir. Aún cuando gran parte de las instancias reflexivas del equipo se ven tomadas por preguntas en torno a cómo acoger la exclusión o el rechazo que suscitan algunos niños o niñas en otros adultos, la impotencia e incomodidad del equipo son parte de la experiencia de trabajo.

Claves Teóricas

Estos recortes del cotidiano en Casa del Encuentro, sede La Pintana, intentan ofrecer luces de cómo se despliega en este contexto la socialización entre vecinos visitantes, tanto niños como adultos. Así también, intenta mostrar cómo se ha desarrollado la función de acogida. Parte del trabajo ha involucrado cuestionarnos tanto qué sucede como qué es posible y necesario hacer o decir, a fin de movilizar ciertas posiciones o identificaciones.

En particular, estas situaciones muestran cómo en el marco del dispositivo, emergen dinámicas sociales referidas a la segregación y agresión entre vecinos, principalmente, por parte de algunas cuidadoras o adultos, en su relación con “ese niño”. Entonces cabe preguntarnos, ¿qué es lo rechazado al momento de discriminarlo? ¿Cómo pensar la respuesta de los niños ante “ese niño”? Para llevar a la discusión lo anterior, es que revisaremos algunas claves teóricas que subrayan lo social y su particularidad, como un aspecto fundamental a pensar en el ejercicio de la función de acogida.

Norbert Elias (2016), a propósito de su investigación en una comunidad urbana, identifica posiciones diferenciadas entre grupos de un mismo sector. Desde un lado, se articula un *nosotros*, entre quienes se reconocen a sí mismos con especial orgullo de su identidad, dejando en otro, a quienes conforman un *ellos*, estigmatizado y rechazado, puesto que despierta el *miedo a la contaminación* anómica. Es decir, se teme a la transgresión a la ley que ellos encarnan. En un plano similar, Aguilar (2010) plantea que el sentimiento de inseguridad basado en la desconfianza, actuaría en conjunto con la dificultad de pensar y aceptar al otro diferente, propiciando la generación de defensas inmunitarias (Espósito, 2009 en Aguilar, 2010). Parte de esto, lo vemos desplegado en las relaciones de algunas cuidadoras, con “ese niño” y lo que trae o representa de su contexto sociofamiliar.

Podemos señalar también que ese lugar del anónimo, o dicho de otro modo, aquel que ha sido desubjetivado, corresponde como señala Zizek (2013) a una modalidad de violencia, donde el estatuto del enemigo remite a aquel cuya historia no ha sido escuchada. Nos hace pensar en la dimensión del otro como semejante que parece desaparecer al momento del encuentro con el niño sin nombre, como si al volverlo anónimo pudiera despojarse de su lugar de prójimo o vecino.

Discusión

La experiencia de Casa del Encuentro da cuenta de una violencia cotidiana que se configura en la población y cómo ésta afecta la forma de criar y socializar, con especial énfasis en la protección de los niños mediante el rechazo. Así, no sólo escuchamos hablar acerca de una percepción de riesgo asociado al sector donde viven, sino que hemos sido testigos de la segregación y exclusión en las mismas relaciones al interior del dispositivo. Es decir, observamos la reproducción de dinámicas sociales tal como plantea Elias, configuradas en un orden de nosotros y ellos. En este contexto, el equipo de acogida ha tenido por tarea dar lugar, como señala Humphreys (2016), a estas formas de desencuentro, movilizándolo el pensar/hablar en torno a lo que “ese niño”, implica para algunas cuidadoras. Así se ha puesto en palabras que el temor despertado, más que a él, es a lo que éste representa. La posibilidad de contagio o contaminación anómica del “flaite” y el peligro que conlleva para sus niños si se vuelven como “ellos”. Complementariamente, emerge el temor frente a la propia vulnerabilidad de sus hijos ante el entorno, dudando si podrán negarse a aquello que los convoca. La socialización en este contexto, es fuente de angustias particulares. Sin embargo, los mismos niños, han mostrado ser capaces de responder situando límites, en diversas ocasiones, a esa oferta que trae la socialización con otros niños.

En este sentido, podemos ver cómo emergen particulares formas de encuentro y desencuentro que posibilita la Casa como espacio social planteado por Dolto. Para algunas cuidadoras, este último toma la forma de la segregación, o bien, la desobjetivación del otro, si comprendemos lo anterior, desde los planteamientos de Zizek (2013). Para algunos niños, ha significado un trabajo de separación, no sólo del decir de sus madres o sus temores, sino también de su deseo respecto al de otros niños. Dicho deseo se despliega con palabras claras,

otras, con retiradas, silencios, insultos o golpes. Respecto a estos últimos, intentamos en ocasiones, ya sea limitar con un “no”, señalar con palabras lo que ahí ocurre, o bien, en un segundo momento, ofrecer un espacio para que se pueda hablar y pensar con ellos el conflicto vivido.

En este contexto entonces, la función de acogida, ha implicado sostener este dispositivo como un espacio que pueda dar lugar y contener angustias, convocar preguntas y conmover lo que parece fijarse en las formas de relación al otro. Pensamos sobre la importancia de hacer circular modos de responder de niños menos angustiantes que el silencio que cuidadoras instalan al no poder decir algo sobre lo que les pasa frente a lo diferente del otro.

En definitiva, la invitación a un encuentro es justamente presenciar algo distinto: otros modos de hablar, hacer, recorrer. Que los cuidadores vean también a los niños que acompañan apropiándose de nuevas formas, y viceversa.

En cuanto a las proyecciones de este artículo, consideramos como posibilidad el profundizar estas reflexiones mediante una investigación que vaya a poner en diálogo la historia de una comuna configurada en sus orígenes por erradicaciones o segregaciones, con las dinámicas de socialización entre los vecinos. Por ahora, lo que hemos visto con sorpresa desplegarse en Casa del Encuentro, podría pensarse al modo de una *condensación de experiencias sociales históricas* cuando ciertas cuidadoras hablan sobre “ese niño”, en contraste con la vivencia de los niños, quienes parecieran enfrentar sus conflictos o desencuentros con otros pares referenciados en mayor medida a *lo actual*.

Referencias

- Aguilar, E. (2010) “El otro amenazante, Reflexiones acerca del sentimiento de inseguridad”, en Revista El Psicoanalítico, s/vol, número 12. Extraído desde <http://www.elpsicoanalitico.com.ar/num12/subjetividad-aguiar-el-otro-amenazante-inseguridad.php>
- Dolto, F (1981). *La Maison verte, La difficulté de vivre*. Paris: Vertiges du Nord/Carrère.
- Elias, N. (2016). *Establecidos y Marginados*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Ford, A. (2016) “El lugar del lugar”, en *La Infancia y sus Encuentros*. Santiago: Editorial Pólvora.
- Gurovich, A. (1990). “La Pintana: La ciudad interminable”. En revista INVI Instituto de la Vivienda/Facultad de Arquitectura y Urbanismo Universidad de Chile, vol 5, número 9. Extraído desde <http://revistainvi.uchile.cl/index.php/INVI/article/view/96>
- Humphreys, D. (2016). “Movimientos transferenciales en la acogida de niños de menos de 4 años y sus padres: El espesor de la presencia en la acogida”, en *La Infancia y sus Encuentros*. Santiago: Editorial Pólvora.
- Peri, V. (2016). “Sobre encuentros y desencuentros”, en *La Infancia y sus Encuentros*. Santiago: Editorial Pólvora.
- This, B. (2007). *La Maison Verte: Créer des lieux d'accueil*. France: Belin
- Zizek, S. (2013). “Allegro moderato - Adagio: ¡Teme a tu vecino como a ti mismo!” en *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.

Recepción: 13 de mayo 2019

Última modificación: 15 de julio 2019

Aceptación final: 20 de julio 2019